EL LIBRO, COMO OBRA BIEN HECHA

El libro como obra de arte

Ya en los albores de la historia, el libro se manifiesta como una obra de arte. Desde los papirus egipcios y chinos, las tablillas griegas y romanas, los códices medievales hasta los libros impresos por procedimientos mecánicos, el libro ha constituido «algo más» que un simple medio para perpetuar el saber humano. Un somero examen de algunos de los elementos que lo componen —encuadernación, letras capitales, miniaturas, colofones e ilustraciones— evidencian este hecho.

A la implantación de los procedimientos mecánicos en la confección del libro, la antigua tradición artística se mantiene y en cierta forma se singulariza. El "librero" de los siglos XVI, XVII y XVIII es un hombre que reúne unas especiales condiciones: erudición, sensibilidad artística y espíritu emprendedor. Es el tipo perfecto del humanista, y de hecho, la historia del Humanismo —así como la de la revolución— está plagada de hombres relacionados con las Artes del libro.

Hasta el triunfo de la Revolución Industrial, en la segunda mitad del siglo XIX, el "librero", que ahora ya se llama editor, no empieza a perder algunas de las cualidades del artesano. Sin embargo, la tradición artística secular permanece; muy especialmente en algunas de las nuevas —y viejas— ramas de la profesión: el grabado, la litografía, y no hablemos de la encuadernación.

Con sus altos y bajos, la tradición artesanal del libro se ha mantenido siempre. Día tras día, la tipografía, el grabado y la encuadernación han constituido la base de lo que comúnmente llamamos las "Artes del libro". En nuestros días, con la aparición del diseño industrial, surge un nuevo y revolucionario elemento: el diseñador, el maquetista, el cual, naturalmente, es algo más que un simple "rotulador de portadas".

El libro como obra colectiva

Otro aspecto importante a señalar es que el libro nunca ha sido obra de un solo hombre. Un libro —miles de ejemplares de un libro— es el fruto de la colaboración de un grupo de hombres. Una obra colectiva. Una obra de arte colectiva —y a veces anónima— como una iglesia románica. Una obra de arte humilde pero real.

La «obra bien hecha», un principio que permanece

La tradición artesanal ha perpetuado hasta nuestros días el principio de la "obra bien hecha". Por poco que investiguemos encontramos dicho principio personificado detrás de cada buen operario, de cada buen maestro de taller, de cada buen profesional. Alguien ha calificado el citado principio de "prurito profesional". En realidad se trata de la aplicación práctica de algo tan viejo como el amor al oficio, el amor a la profesión ejercida.

El principio de la "obra bien hecha" es, ante todo, un principio consciente, un acto de la voluntad del hombre libre. La "obra bien hecha" nunca es el resultado de la casualidad y, muy raramente, de la improvisación. Podríamos decir que la "obra bien hecha" es un *objetivo* del profesional consciente, tan operante como lo pueden ser la retribución económica o el reconocimiento expreso de los méritos personales. En realidad, se trata de la consideración de la dignidad profesional que cada uno pueda tener consigo mismo.

El libro como «obra bien hecha»

Si hemos convenido, pues, que el libro es una obra de arte (¿Por qué no de "Arte"?) colectiva y que la expresión actual de la tradición artesana es el principio de la "obra bien hecha", podemos concluir que un "libro bien hecho" será, teóricamente al menos, el resultado de la suma de las distintas voluntades de un grupo de profesionales conscientes. Pretender otra cosa —el libro "bien hecho" como resultado de la casualidad o de la rutina profesional— sería pedir peras al olmo.

Llegados a este punto, creo que podríamos formularnos una pregunta sumamente interesante: ¿hasta qué punto las especiales características de nuestra editorial favorecen o perjudican las condiciones necesarias para que los principios de la "obra bien hecha" puedan traducirse en resultados efectivos?

Realmente hemos llegado a un punto interesante que merece un posterior análisis. Un amplio análisis colectivo, realizado con calma y con objetividad. Sin embargo, me permito afirmar que sean cuales fueren los "condicionamientos" que imponen nuestra peculiar producción editorial y nuestra estructura empresarial, nada ni nadie puede arrebatar al profesional consciente su amor a la "obra bien hecha", su indestructible voluntad de realizarla. De realizarla y de realizarse a través de ella.

JUAN AGUT